

# La Capilla Sixtina

## ENCARNA Y CARRILLO

**S**UBE Encarna los escalones de cuatro en cuatro. Se lo noto porque la respiración le pone a la altura de la barbilla los senos, cubiertos de lanilla canela tostada.

—Así que usted estaba.  
—¿Dónde?  
—En la reaparición de Carrillo.  
—¿Quién te lo ha dicho?  
—En la peluquería.  
—¿En qué peluquería?  
—En la del barrio. Merche, la peluquera, va y me dice cuando me estaba poniendo las vitaminas.  
—¿Qué vitaminas?  
—Las que se ponen en el cabello. Pues Merche va y me dice: "Oye, Encarna, que me he enterado de que tu vecino estaba el día en que se apareció Carrillo a setenta periodistas".

—¿Y cómo lo sabe ella?  
—Es lo primero que le he preguntado. ¿Sabe que me ha contestado? Pues en el mercado se lo ha dicho una casquera.

—¿Y la casquera, cómo lo sabía?  
—A ella se lo había dicho un mozo del matadero municipal.  
—¿Y al mozo?  
—Pues un matarife del matadero municipal.

—¿Y al matarife?  
—Un defensa lateral derecho de un equipo de categoría regional preferente.

—¡¡¡Encarna!!!  
—Que va en serio, Don Sixto. Y no queda ahí la cosa. Al defensa lateral derecho de un equipo de categoría regional preferente se lo dijo un cartero de Navalcarnero, que asistía al encuentro entre el equipo local y el del amigo del matarife.

—¿Y al cartero?  
—Se enteraría por Correos, digo yo.

Paseo yo con las manos enlazadas sobre mi trasero y tan cabizbajo y meditabundo como requiere la ocasión. De vez en cuando lanzo un brusco reojo sobre Encarna, por si le sorprende la risa. Pero aparenta más impasividad que Francisco Umbral cuando desincha a Nadiuska al amanecer o la rehinch a media tarde.

—Encarna, tengo que localizar inmediatamente a los responsables de la organización del Partido Comunista. Se ha cometido una grave indiscreción. Me parece un cachondeo intolerable que un cartero de Sigüenza ponga en marcha la noticia de que yo he asistido a la rueda de prensa de Carrillo. Yo era uno más de los periodistas invitados, y cuando asisto a cosas de este tipo por rigurosa invitación, siempre sospecho de que en realidad te invitan a ti más que a mí.

—¡¡¡A eso iba!!!  
Diantre. Ha sido como un rugido. Incluso Encarna ha crecido. Parece una bestia colosal y colérica con la melena espumante y un brazo-espada en alto.

—¡¡¡La próxima vez yo quiero ir. Ni usted ni esta sección pueden prescindir de mí. Le he mentado en lo de Merche y en todo lo demás. Pero he sacado la verdad!!!

Se tranquiliza. Cambia el tono de voz.  
—¿Le preguntó Carrillo por mí?  
—De pasada. Sin darle importancia. Me dijo: "¿Qué hace esa chica tan maximalista, Sixto?"

—Será revisionista el tío ese. ■

**SIXTO CAMARA**



## Los hombres

**S**ANTIAGO Álvarez a su derecha; Pilar Brabo, a la izquierda; detrás, Manuel Azcárate, Ramón Tamames, Gregorio López Raimundo, José Ramón Ormazábal, Jaime Ballesteros y Víctor Díaz Cardiel. No era una muestra casual de los hombres de la dirección del PCE. Y era algo más que un privilegio acompañar al secretario general en su presentación a la prensa en el centro de Madrid. Porque esos ocho miembros del ejecutivo, junto con alguno más, ausente por razones inexcusables, son algunos de los que más cuentan en la Dirección del Partido: de ser así, la rueda de prensa del pasado día 10 tendría un significado y un interés adicional al de la confirmación de la presencia de Santiago Carrillo en Madrid. Añadiría un dato, que faltaba, en la rápida marcha de la salida a la luz pública del PCE.

Faltaban, en esta lista de "los hombres de Carrillo", Ignacio Gallego y Simón Sánchez Montero. El primero se encontraba en esos momentos a más de siete mil kilómetros de distancia, presidiendo la delegación del PCE en el Congreso del Partido Comunista de Vietnam. El segundo, el hombre al que los amantes de las clasificaciones sin sentido consideran el "número dos", estaba ocupado, como sustituto de Carrillo, en las tareas de la Comisión negociadora de la oposición democrática: otras veces señalaban que había otras razones además de ésta para no venir, y la necesidad de que una cabeza visible del PCE estuviera alejada del peligro de una intervención policial en la rueda de prensa no quedaba descartada. Pero, con todo, los ausentes se tenían en cuenta. Algunos más —Romero Marín, Sandoval, Lobato y otros— completan la lista de los "importantes".

Entre los ocho que estaban habla tres secretarios generales: López Raimundo, del PSUC, Ormazábal, del PC

de Euzkadi, y Santiago Álvarez, del PC de Galicia. Los tres han superado la barrera de los sesenta: el último, con sesenta y ocho años, es el mayor de ellos; le siguen Ormazábal y López Raimundo, este último de la misma edad que Carrillo, aun cuando su canisimo pelo haga pensar lo contrario. Los tres han vivido en la clandestinidad (López Raimundo hasta hace pocos meses), los tres hicieron la guerra, los tres son hoy figuras públicas, los tres son protagonistas, cada uno en su nacionalidad, de la transformación del PCE o mejor dicho, del PSUC, PCE y PCG, a las nuevas circunstancias españolas. La historia del PSUC es más larga en esta trayectoria y sus peculiaridades más profundas. El PCG sólo tiene siete años de vida y el de Euzkadi, seis.

López Raimundo es un hombre mítico en Cataluña: casi veinte años en la clandestinidad no le han impedido conocer a la mayor parte de los hombres de su partido, y el hecho de ser aragonés, un tradicional "leitmotiv" que se utiliza para justificar supuestos intentos de sustitución, no le han impedido estar a la cabeza de la catalanización del Partido.

Ormazábal, un vasco de verdad, ha trabajado siempre en Euzkadi: detenido en 1962, junto con otros comunistas vascos, fue etiquetado como el responsable de las importantes huelgas de aquel año en la región: las primeras huelgas que conmovían al Régimen. Sus declaraciones ante la Policía fueron escuetas: "Soy responsable del trabajo del PCE en Vizcaya, en cuanto miembro del Comité Central". No dijo nada más. Es el hombre de mayor experiencia en un partido extraordinariamente joven en sus cuadros dirigentes. Otro histórico que sigue en la brecha.

Santiago Álvarez, bajito, rubicundo, con terrible acento gallego, es un hombre polifacético en sus actividades poli-

CAOS

**L**A idea que ha tenido el alcalde de Madrid para el problema del tráfico es algo más que una idea: es una filosofía. Se trata de aumentar, de fomentar el caos hasta llevarlo a un nivel absoluto de insoportabilidad: cuando el automovilista llegue a ese límite, abandonará su automóvil para siempre. Y cuando no haya automóviles, no habrá más caos. Es una idea trascendente que puede aplicarse a la política, a la administración, a la sociedad. Es una filosofía de Anticristo, un paso previo al fin del mundo. El tráfico en la gran ciudad es, después de todo, un microcosmos, en el que se reproducen a escala las tensiones de la sociedad entera.

Las soluciones que podemos llamar malthusianas abundan mucho en nuestros tiempos. Son soluciones que tienden a la negación. Diabólica, desde luego (el diablo es un espíritu que dice "No", contaba Goethe), pero nadie puede negarle utilidad al diablo, si vamos viendo como su presencia en el mundo va configurando la sociedad. El malthusianismo consiste en anular o cegar fuentes de vida para evitar dramas mayores: neguemos el automóvil, y el automóvil dejará de ser un problema. A la larga, la solución se planteará en otros términos: neguemos al hombre, anulemos al hombre, y ya no habrá problema humano.

Personalmente, no soy enemigo de las negaciones, aunque tengan tal perfil diabólico. En el mundo contemporáneo, y en la España contemporánea, hay bastantes más cosas que negar que las que hay que afirmar. Pero pocas personas tienen el valor de negar. Es antisocial. Siempre que se habla de críticas o de oposiciones, se dice que son toleradas cuando son "constructivas", nunca cuando son negativas o destructivas. De esta manera se infravalora o se olvida el enorme valor positivo o afirmativo que hay en una negación.

Lo temible es que parece ya un poco tarde, en estas alturas de lo que llamamos civilización humana, para destruir por la negación. Aparte de que no le dejan a uno, hay ya una política del "pis aler", que dicen los franceses, de ir hacia lo peor, que parece muy bien comprendida por el alcalde de Madrid, al que damos el valor de una clase política que representa y que la elige. Sus agentes municipales colocando cepos, convirtiendo calles en peatonales, utilizando grúas, multando, regañando, serán una legión de demonios que harán imposible la vida al automovilista hasta que éste pierda la esencia que le define temporalmente, que es la de automovilista. Le habrá tocado ese concepto tan propio de nuestro tiempo, la "disuasión". Quizá en la democracia que se cierna sobre nosotros con algunos perfiles amenazadores se llegue también a un nivel de disuasión. Su mayor diabolismo es que esa disuasión, ese desistimiento del ciudadano se va a convertir en lo que se está llamando "participación". Participación ¿en qué? En un orden que no se entiende, en otro "orden nuevo", como aquella frase que adoptó Hitler para justificarse y que se convirtió en un desorden antiguo, en un caos antiguo.

La vieja idea racionalista de la primera democracia europea, la de la revolución francesa, se ha perdido ya: organizar, ordenar, precaver, organizar. Era la base de una política entera, que dio sus resultados. Ahora se trata de que el ciudadano sea ciudadano a base de negarse a sí mismo. Está dotado de todos los poderes, de toda la soberanía. Ya no se los cobija una autocracia. Pero que no use esos poderes. Hay que disuadirle. ■

POZUELO

Rodeando a Carrillo, en primer plano, Pilar Brabo y Santiago Alvarez. Detrás de ésta, Manuel Azcárate, y a la izquierda José Ramón Ormazábal.



de Carrillo

licas: dirige el PCG, hace muchos años fue responsable del trabajo en Madrid, es el experto en temas agrarios del Ejecutivo, es el encargado de "temas portugueses", con contactos con Mario Soares y los comunistas lusos.

Los otros cinco, Azcárate, Tamames, Brabo, Ballesteros y Díaz Cardiel, se "han hecho", a excepción del primero, en el interior. Azcárate es el responsable de la política Internacional del PCE, el hombre de la polémica con los soviéticos (se sonreía cuando Carrillo, contestando a un periodista, afirmaba que el Gobierno español conocía, tal vez mejor que él mismo, las intenciones de Moscú respecto al Partido Comunista) y también se encarga, junto a Simón Sánchez Montero, de las cuestiones de unidad con las demás fuerzas políticas de la oposición. Cincuenta y nueve años, aunque aparente algunos menos.

Tamames, cuya presencia al lado de Carrillo no había dejado de sorprender a algunos, publicaba en "El País", la misma mañana de la rueda de prensa, un artículo en el que se esbozaba una tesis, matizadamente distinta a la oficial del PCE, acerca de la política a seguir de cara a las próximas elecciones: ¿es un nuevo método de debate político o una aportación sin mayores consecuencias? La personalidad de Tamames, cuya presencia en la dirección ha sido un factor importantísimo a la hora de cambiar la imagen del PCE, hace pensar en una discusión seria.

Pelirroja, uno de los miembros más jóvenes de la dirección —estuvo dedicada al trabajo universitario hasta hace pocos años—, Pilar Brabo sería el exponente más cualificado de un hito importante en la historia del PCE: la entrada masiva en las filas del Partido del movimiento universitario, que se produce a partir de la mitad de los sesenta: nuevas ideas, nuevos métodos y juventud. Algo que, se dice, Carrillo apreciaba enormemente.

Jaime Ballesteros es, según algunos, el anglosajón de la dirección: el hombre del trabajo interno, ha figurado en muchas listas como candidato en la imposible sucesión de Carrillo. ¿Cerebro gris?, probablemente.

Se dice que conoce como nadie al nuevo partido del interior: un partido que en un alto porcentaje no tiene más de diez años de antigüedad. Y no sólo en Madrid, sino en toda España. Empeñado en el esfuerzo del PCE de llegar a los 300.000 militantes.

Y, por último, Víctor Díaz Cardiel: ocho años en la cárcel (hasta 1974) dirigente obrero en su origen, es el responsable de la organización de Madrid (12.000 militantes según fuentes del PCE). Se encuentra entre quienes introducen nuevos métodos del trabajo en la capital de España, punto clave en el organigrama del PCE y por ello lugar en el que la represión y las dificultades han sido mayores que en ningún lado. Díaz Cardiel combina los viejos métodos de trabajo —de los que él a sus cuarenta y cinco años ha sido participante— con los incorporados por las nuevas circunstancias. La semana pasada "Mundo Obrero" publicaba una carta de Santiago Carrillo dirigida a la organización de Madrid en la que muy sutilmente se recordaba que la misma no era una creación reciente, sino que su historia databa de más de cuarenta años: no se puede olvidar el pasado.

¿Son los "hombres de Carrillo"? Son, muy probablemente los hombres en los que confía Carrillo, aunque la lista sea incompleta. Y todo indica que ellos también confían en el secretario general. Santiago Alvarez, el único que habló, escasas palabras, en la rueda de prensa del viernes, aseguró que el partido presentaría a Carrillo en varias circunscripciones para que éste saliera elegido diputado. Una muestra de confianza. ■ CARLOS ELORDI (Fotos: PILAR AYMERICH).